

Pocos discuten ya las profundas transformaciones socio-económicas ocurridas en Brasil en los dieciséis años de dictadura militar y el papel que ha desempeñado el Estado gobernado y remodelado por esa dictadura para *inducir* esas transformaciones. Una función similar está cumpliendo en Argentina el gobierno Videla-Martínez de Hoz. En realidad, el "plan político" que éste cautamente ha puesto en marcha parece obedecer a que los militares consideran haber controlado en la medida de lo posible las reacciones del movimiento obrero; y a que creen también necesario soltar rienda ante la reanimación de las fricciones con el sector subordinado de la burguesía (que bajo el peronismo era el dominante) ligado al mercado interno de masas y duramente castigado por la crisis y por la reorganización del aparato económico del país.

Lo que el ejército en ambos casos ha llevado a efecto, con ritmos diversos, es la tarea de facilitar y acelerar el proceso de centralización y concentración del capital; apoyar desde el Estado la traslación del eje de la acumulación a las ramas productoras de bienes de consumo duradero (y, en parte, de bienes de capital) y a los modernos sectores agroexportadores; modernizar la estructura productiva y adecuarla a su nueva inserción en la división mundial del trabajo dentro de los marcos actuales del proceso global de internacionalización del capital; y, finalmente, "racionalizar" el aparato del Estado haciéndolo funcionar a estas necesidades.

Los militares, siguiendo la vieja vocación prusiana de los grandes ejércitos sudamericanos, han "modernizado" a garrotazos las formas de dominación burguesa en los dos países, convirtiéndose en el vehículo político de una modernización de las economías impuestas por la expansión del capital central que los antiguos aparatos políticos burgueses no eran capaces de llevar adelante. La fuente principal de esa incapacidad era, por un lado, que ellos emanaban de sectores ya "arcaicos" de la burguesía y, por el otro, que por su misma naturaleza dependían de la mediación "populista" con las masas.

En el caso de Brasil, la temprana dictadura (1964) se presentó a contener la doble amenaza de una reforma agraria y de una organización centralizada del movimiento obrero (a la cual reprimió duramente sobre todo en 1968). En el caso ar-

Brasil y Argentina

Dos tiranías, un proyecto

Adolfo Gilly

gentino, la tardía pero terrible dictadura se estableció después de que los trabajadores habían derrotado a varios gobiernos militares y cuando el nuevo sector hegemónico de la burguesía aliado a las multinacionales comprendió que sólo destrozando por el terror la resistencia de la clase obrera mejor organizada y más madura de América Latina, podía abrir camino al proyecto económico recesivo que ya había intentado, con Isabel Perón, el ministro peronista Rodrigo, siendo derrotado por una de las más formidables huelgas generales de la historia argentina.

Pero al llevar adelante esos planes, y al someter y doblegar para ello al viejo sector gobernante de la burguesía (el de Goulart-Brizola o el de Perón-Isabel Perón) y a sus aliados en la dirección obrera, los militares no sólo han abierto paso a la *modernización* de la economía y del Estado. Han *modernizado* también la lucha de clases en estos países.

Esto significa varias cosas. Primero, que los nuevos sectores del proletariado (y de asalariados en general) desarrollados con las nuevas ramas económicas se han entrelazado con la tradición de lucha de los trabajadores anteriormente existente y la han asimilado, pero renovándola vigorosamente. Segundo, que la mediación política de los viejos partidos burgueses (o los arcaicos partidos obreros aliados con ellos) que ahora se trata de "resucitar" y echar a andar (con muletas), si bien no ha desaparecido, ha perdido efectividad y capacidad de control sobre sectores decisivos de los trabajadores. Tercero, que este hecho, más el papel insustituible que el Estado desempeña en la economía, contribuye a que el ejército se haya entrelazado íntimamente con ésta y a que ante todo ascenso pronunciado de la lucha de clases sea el mismo ejército, y no las viejas estructuras partidarias y políticas burguesas, quien vuelve a presentarse nuevamente en primer plano. En reali-

dad, el "plan político" de los militares argentinos cuenta con institucionalizar declaradamente este papel del ejército en el futuro del país.

Pero esto significa también que una cosa es la reorganización de la democracia institucional con todos estos condicionantes (la llamada "democracia viable"), en la cual colocan sus perspectivas no sólo los partidos de la burguesía sino también las organizaciones de la izquierda reformista y la burocracia sindical; y otra cosa es la reorganización, en las nuevas condiciones, del movimiento obrero por sus propias reivindicaciones. Pues éstas, en la medida en que significan una lucha por una elevación del salario real y un cuestionamiento de la *organización capitalista del trabajo*, ponen también en cuestión, precisamente las bases económicas sobre las cuales se piensa asentar los proyectos de democracia "institucional".

Esta reorganización es el proceso más importante que está ocurriendo en Brasil, a partir de las grandes huelgas de 1978 y 1979 y de la organización del Partido de los Trabajadores. La huelga de 250 mil obreros metalúrgicos y del automóvil que se anuncia en estos días, contribuirá a reforzar esta tendencia. No tiene el mismo ritmo el proceso en Argentina, donde la clase obrera sigue obligada a permanentes pero elementales luchas defensivas. Sin embargo, la experiencia de los últimos treinta y cinco años ha mostrado la notable capacidad de recuperación del movimiento obrero argentino, determinada por su peculiar estructura organizativa desarrollada y entrelazada a partir de los delegados de departamento y de las comisiones internas de fábrica.

Sin que puedan compararse en sus diferentes ritmos, las formas en que tienden a reorganizarse ambos movimientos obreros, absolutamente decisivos para el conjunto de la región, se aproximan mucho más que en el pasado. Los dos pueden orientarse a buscar, como ya lo anuncian los brasileños, una expresión política propia. Esto contribuirá a llevar la lucha de clases de la periferia al centro del sistema de dominación que han pretendido renovar las dictaduras y colocarla en ambos países a la clase obrera y su programa como la alternativa histórica a la renovación "democrática" de la dominación burguesa e imperialista.